



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**  
**UNIDAD IZTAPALAPA**  
**DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES**  
**ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

**Título del trabajo**

***“Fronteras mesoamericanas. Hacia nuevas aproximaciones conceptuales”***

**TESIS**

Que para acreditar las unidades de enseñanza aprendizaje de  
Seminario de Investigación e Investigación de Campo  
y obtener el título de

**LICENCIADO EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

***Presenta***

**María Elena Pérez Gutiérrez**

Comité de Investigación

Director: Maestro José González Rodrigo

Asesores: Maestro Leonardo Tyrtania G. y Lic. Jorge A. González Huerta

México, D.F., marzo de 2004.

## ÍNDICE

	<b>Pág.</b>
<i>Introducción</i>	3
<i>1. Panorama general de Mesoamérica</i>	6
<i>1.1 Supervivencias</i>	10
<i>2. Definiciones</i>	16
<i>2.1 Mesoamerica como superárea cultural o área geográfica</i>	18
<i>2.2 Rasgos culturales y geográficos</i>	20
<i>3. Nuevas aproximaciones teóricas</i>	22
<i>3.1 Etnicidad y fronteras</i>	22
<i>3.2 Movimiento de fronteras</i>	
<i>3.3 Concordancias y discrepancias</i>	
<i>4. Conclusiones</i>	

## ***INTRODUCCIÓN***

El presente trabajo no pretende ser una repetición de la historia de Mesoamérica, sino más bien, una presentación de diversas fuentes teóricas que describa las particularidades o rasgos comunes de esta zona del planeta forjada desde sus orígenes bajo una formación económica no capitalista, que tome en cuenta los diferentes puntos de vista de investigadores interesados en el tema, no solo difieren sobre los límites mismos de la superárea en cuestión, sino de la validez y conveniencia del empleo del concepto Mesoamérica; por lo tanto es ineludible recurrir hasta su principal precursor: Paul Kirchhoff (véase Kirchhoff, 1943: 3-4 y Longacre, 1967, entre otros).

Para esto es necesario primero, hacer una recapitulación lo más representativa de lo ya conocido por Mesoamérica. Es decir, delimitar sus fronteras; conocer sus rasgos geográficos; las sociedades que la habitaron desde sus orígenes; cuáles fueron los más sobresalientes y por qué; conocer su organización política, social y económica, las etapas en que se divide su desarrollo, así como sus elementos y/o rasgos comunes que ligan dichas etapas o que dan paso a otras tales como: la cosmogonía, la teología, la tecnología, la escritura, etc. En fin, el trabajo tampoco pretende hacer una revisión exhaustiva de todo lo que representa Mesoamérica, pero sí un replanteamiento sobre la importancia que dichos estudios han representado para la denominada 'zona' mesoamericana.

La tarea fundamental es tratar de reunir elementos de la historia cultural con una visión antropológica, ya que ambas ciencias coinciden y se complementan en por lo menos dos cuestiones:

a) que toda cultura es el resultado de un desarrollo complejo que deriva principalmente de los elementos componentes de su propio pasado, o de los que ha tomado prestados de otra cultura.

b) que toda cultura tiende a desarrollar una organización distintiva, coherente y autoconsciente que promueve a su vez la absorción de nuevos rasgos y modificarlos de acuerdo a sus propios patrones.

El objetivo general de este trabajo es hacer una revisión bibliográfica de las fuentes que abordan el concepto de Mesoamérica, mediante un análisis comparativo de los autores que han propuesto nuevas formas para aproximarse metodológica y conceptualmente.

De tal forma, en el capítulo uno se plantea un panorama general de los siguientes aspectos:

a) lo que la Antropología entiende por Mesoamérica.

b) que Mesoamérica es en sí misma un estilo de vida propio y un común denominador para buena parte de las civilizaciones contenidas en ella, ya que tiene unidad cultural.

Al abordar el tema introduzco el término *supervivencias* entendido como los elementos trascendentales para el mejoramiento de las condiciones de vida, estratificación social de sus pueblos, y con formas de gobierno fundamentalmente teocráticos. Nuestro objeto de estudio, 'Mesoamérica', desde la perspectiva de sus diversas acepciones conceptuales y por su movilidad territorial, tiene relevancia histórica y antropológica para la múltiple gama de civilizaciones que la fueron conformando históricamente. En otras palabras, de cierta forma representan para el área un grado de desarrollo "*espacio-atemporal*", como son, por ejemplo, los amplios conocimientos matemáticos y las distintas lenguas aún vigentes en buena parte del área cultural.

En el capítulo dos, procedo a dar algunas de las definiciones más concurridas respecto a Mesoamérica como superárea cultural o área. Es propiamente el punto de arranque del tema propuesto, donde los autores comienzan a profundizar y discernir con diversos elementos teóricos al momento de delimitar la superárea

cultural en cuestión. Algunas de las hipótesis sugieren que, si bien algunos autores están hablando de diferencias geográficas, también se refieren a la existencia de rasgos culturales comunes.

Finalmente, el capítulo tres aborda las diversas propuestas de los autores, enfatizando que no hay conceptos erróneos, sino que, por el contrario, diferentes puntos de vista. Lo relevante es poder mostrarlos y confrontarlos, después de todo, aunque bajo diferentes perspectivas teóricas, no hay que perder de vista que siempre se está haciendo referencia a un lugar común que es Mesoamérica.

De tal forma intentaré mostrar que si bien existen algunas discrepancias entre algunos autores en el desentramado de lo que debería ser la superárea cultural mesoamericana, también es posible hallar puntos en común que lejos de propiciar discrepancias tajantes confluyan en señalar que, el área territorial ya sea cultural o geográfica (*superárea*) estuvo inmersa en un proceso evolutivo, continuo y permanente muy marcado y distinto del resto de las civilizaciones del continente americano, y aún más allá de éste, con lo cual evidentemente se recurría en no pocas ocasiones a un necesario reacomodo de sus propias áreas internas de influencia '*interlands*' o sea, al movimiento de fronteras.

## ***1. PANORAMA GENERAL DE MESOAMÉRICA***

En la Colonia se había percibido la unidad de las tradiciones de los conquistados. Fue fray Bartolomé de las Casas quien en aquel entonces hizo notar, en su *Apologética historia sumaria*, la semejanza entre las creencias de los guatemaltecos y las de otros pueblos que hoy denominamos mesoamericanos: “Toda esta tierra –dijo al referirse a Guatemala-, con lo que propiamente se dice la Nueva España, debía tener una religión y una manera de dioses, poco más o menos, y extendíase hasta las provincias de Nicaragua y Honduras, y volviendo hacia la de Jalisco, y llegaban, según creo, a la provincia de Colima y Culiacán”. Las sociedades indígenas de este vastísimo territorio integraban, evidentemente, una unidad.

Lo advertido por fray Bartolomé en el ámbito de las creencias religiosas debe suponerse en todos los campos de la acción y el pensamiento, y así lo siguieron entendiendo, a lo largo del tiempo, quienes se interesaron por el estudio de la historia prehispánica de Mesoamérica. La unidad misma se convirtió en objeto de interés científico en las primeras décadas de nuestro siglo, cuando pensadores de la talla de Miguel Othón de Mendizábal, Clark Wissler, Alfred L. Kroeber y Wigberto Jiménez Moreno se encargaron de determinar los límites espaciales de la afinidad cultural, aportar elementos conceptuales para una futura precisión y fincar algunos de los términos de lo que sería el debate. En forma paralela una corriente del pensamiento antropológico afinaba sus herramientas teóricas para abordar problemas similares en el nivel continental. Eran éstas el concepto de *horizonte cultural*, precisado por Herbert Spinden; el de *área cultural*, definido por Wissler; el de *rasgo cultural*, propuesto por Kroeber; el de *complejo cultural* y otros afines.

Entonces fue necesario que confluyeran plenamente la teoría y el conocimiento concreto de las antiguas tradiciones precolombinas. Paul Kirchhoff empezó por identificar la superárea cultural con el nombre de *Mesoamérica* y reconocer a las sociedades que la integraron como “cultivadores superiores”. Hizo

notar que dichas sociedades eran muy diversas desde el punto de vista lingüístico, y las dividió en cinco grupos, uno de los cuales, por cierto estaba integrado por las que hablaban lenguas hasta entonces no clasificadas. En cuanto al territorio que ocupaba la superárea a la llegada de los españoles, lo delimitó señalando la frontera norte como la formada por los ríos Sinaloa, Lerma y Pánuco, y la frontera sur como una franja que iba del río Motagua hasta el Golfo de Nicoya, pasando por el lago Nicaragua. Interpretada la realidad de Mesoamérica en la concepción histórica esbozada por Jiménez Moreno, Kirchhoff afirmó que era una superárea formada por inmigrantes diferentes entre sí que integraron el territorio en diversas épocas, y que, al penetrar en la órbita estudiada, vivieron unidos por una historia común (L. Austin; L. Luján, *Ibid*: 55-56).

Para ahora, evaluar el concepto de Kirchhoff en cuanto al área cultural, hay que situarlo, en la perspectiva de su época (1939-1942). Esta evaluación toma en cuenta la carrera académica y los conocimientos de la región y de las áreas circunvecinas que permitieron a Kirchhoff emprender aquella magna tarea, que él juzgó necesaria para una comprensión de su evolución, tanto en términos de dinámica interna como por contactos con otras áreas americanas de alta cultura<sup>1</sup>.

Resulta que el primer planteamiento de Mesoamérica fue el producto de un trabajo intensivo de varios años dedicados a fichar las fuentes para la *Etnografía Antigua de México y Centroamérica*, como fueron, en primer lugar, informes civiles y religiosos del siglo XVI, cuyos datos se refieren a una fecha y lugares específicos. Aquel planteamiento incluía, además, crónicas de conquistadores y frailes, así como las escritas por mestizos descendientes de las antiguas casas reinantes con base en los anales locales.

---

<sup>1</sup> Barbra **Dalhgren Jordán**. IIA/UNAM, "*Mesoamérica vista a través de la etnografía/etnología*". 1990. Artículo citado en Antonio **Guzmán**, *La validez teórica del concepto Mesoamérica*, pp. 79-81. Sin duda alguna, es insoslayable recalcar como señala la autora, la gran relevancia que para la ciencia antropológica y, para la época en que se llevó a cabo, tuvo el arduo e inmenso trabajo de Kichhoff, cuya contribución fue la de tratar de presentar una forma novedosa hasta ese momento para abordar lo que él mismo denominó Mesoamérica.

Una vez fichados y clasificados los rasgos culturales fueron agrupados por localidad y contenido a lo que seguía la ubicación de los pueblos en mapas geográficos, y se trazaron las probables fronteras políticas y lingüísticas de antiguos reinos y señoríos. Además, tales límites debieron ser rectificadas, tomando en cuenta sus áreas circundantes.

Esto explica el interés de Kirchhoff por analizar los "bolsones" de cultura más primitivos que se presentaron y sobrevivieron por largos tiempos, por ejemplo, en las áreas desérticas, que impidieron el avance de Mesoamérica hacia el vecino norcentro y el extremo noroeste.

Ahora bien, la validez del concepto de Mesoamérica vista desde la etnología de nuestro siglo, equivale a aceptar un proceso milenario de transculturación y reinterpretaciones; de migraciones por diferentes causas, climáticas unas, éxodos otras. Hubo además expansiones imperialistas, y comercio a larga distancia como la ruta de la turquesa desde el suroeste de Norteamérica, etcétera.

En otras palabras, se trata de presentar complejos de rasgos de gran antigüedad y representativos de los logros intelectuales de los mesoamericanos, o bien, de aspectos mítico-rituales de tan fuerte arraigo que, a la vez, conservan hasta nuestro siglo, parte de su función original, como sería una participación significativa en una estructura socio-religiosa y que además cuentan con una distribución de cierta amplitud. Para empezar, escogimos la característica más notable de Mesoamérica: los '*calendarios*' y sus *registros*. Los primeros registros proceden del sur del Golfo de México y datan de más de mil años antes de nuestra era. Luego, a medida que se fueron desarrollando, surgieron dos sistemas jeroglíficos: por un lado el del Golfo y el centro de México, y por el otro lado, el del área maya.

Es sobradamente conocido que de Mesoamérica se han hecho descubrimientos impresionantes, los conocimientos astronómicos y matemáticos de



las grandes culturas precolombinas que la poblaron debieron ser notables como lo demuestran los impresionantes calendarios atribuidos tanto a la cultura maya como a la mexicana. Sobre dichos objetos se han hecho toda una serie de interpretaciones, ya que constituyen unos de los más espectaculares del intelecto humano por sus incuestionables implicaciones religiosas, gran complejidad matemática e interpretativa para los eruditos por la exactitud de su datación ‘calendárica’.

Por otra parte, los importantes avances que se han hecho en años recientes en el estudio de la estructura interna de los códices del altiplano central y de Oaxaca demuestran que su lectura e interpretación oral también implicaba complejos cálculos de tiempo que, según propone G. Brotherson (1983,1991: 436), en algunos casos se remontaban hasta el año 3553 a.C., fecha del inicio de la cuenta larga de los mayas<sup>2</sup>.

De la primera fase conocida, se sabe que los registros fueron hechos en estelas y otros objetos de piedra, mientras que de la última fase antes de la Conquista se han conservado en pinturas sobre piel o papel *amate* en forma de libros, y comúnmente llamados códices. De éstos tenemos algunos del posclásico, entre ellos tres mayas de Yucatán: el *Códice Dresden* de principios del siglo XIII, el *Pérez* o de *París* del siglo XIII o XIV, y el *Madrid* del siglo XIV. Siguen los códices de la Mixteca cuya parte histórico-genealógica en algunos casos podría remontarse hasta el siglo XVIII / IX, aunque tal vez fueron pintados más tarde, incluso en el siglo XVI. En ellos encontramos, además de textos mítico-religiosos, personajes con nombres calendáricos y una secuencia de efemérides de fechas y eventos de muchos de los hechos históricos.

Los pueblos de Mesoamérica alcanzaron un nivel cultural muy elevado, pues no solo practicaban el estudio de las ciencias, sino el de las letras, ya que algunas de sus manifestaciones literarias han podido ser reconstruidas gracias a las

---

<sup>2</sup> Johana Broda, 1996. Véase en el libro de la autora la postura de Brotherson para ahondar en la importancia de los complejos cálculos mesoamericanos tanto de manera general como particular.

aportaciones que al estudio antropológico han hecho la arqueología, la lingüística y la paleografía. Ciertamente, Mesoamérica constituye todo un mosaico conceptual sumamente extraordinario, fascinante y rico por el alcance de sus dimensiones, es pues, aún en nuestros días un laboratorio cultural y humano en permanente efervescencia.

### ***1.1 SUPERVIVENCIAS***

La conquista española termina propiamente la historia de Mesoamérica; sin embargo, la máxima expansión de algunas ideas mesoamericanas y de su lengua franca –el náhuatl– ocurren en el siglo XVI como consecuencia de la propia conquista. Para el fin del mismo siglo, la civilización mesoamericana sucumbió totalmente. Toda ella había estado en manos de una minoría aristocrática que regía sus destinos y su fin fue paradójicamente el de su civilización. Esto unido a otras causas, produjo una disrupción profunda en la economía, debido también a la aparición de nuevos productos europeos y nuevos métodos de producción, y al gran cambio en el interés hacia numerosas mercancías –sobre todo de los considerados de lujo y las relacionadas al ceremonial indígena, fundamentalmente objetos suntuosos utilizados como ornamentos– que perdieron su significado.

Esta disrupción recuerda la ocurrida al fin de la época clásica, cuando la muerte de la clase superior teotihuacana produjo un aislamiento entre las diferentes áreas de Mesoamérica, aislamiento particularmente notable en el Valle de Oaxaca. La conquista española produjo también el aislamiento de numerosas comunidades indígenas sobrevivientes no sólo durante la Colonia, sino hasta nuestros días.

Lo que queda hoy en día de vida indígena refleja la cultura rural antigua más o menos diluida, pero los rasgos de cultura superior murieron al advenimiento de la nueva civilización llegada de España, y la lenta pero inexorable pérdida por parte de los conquistados de una unidad identitaria propia capaz de reflejarse en su

vida cotidiana. Esta era, a su vez, bien compleja. La España renacentista de la Reina Católica, a diferencia de otras naciones europeas, acarreaba, además de los pueblos aborígenes, la herencia romana, un cristianismo exacerbado y fuertes dosis de cultura islámica y judía. Era una verdadera caldera que todavía la distingue del resto de Europa –como también distinguía a Mesoamérica-. Estas diferentes herencias, si bien en grados diversos, habían de marcar a la Nueva España y al México que le sigue.

Es importante pensar que más allá de las viejas fronteras, y de que Mesoamérica tenía como base material de su civilización, a la par, contribuyó con aportaciones muy concretas y valiosas a la cultura universal: maíz, frijol, cacao, jitomate, varias especies de chiles, frutos como el aguacate que, ahora, con el comercio moderno y la globalización el mundo entero importa no solo de Mesoamérica, sino de otras latitudes, y como pasar por alto el guajolote de las fiestas navideñas. El chicle y los hules, las fibras como el henequén, pita, ixtle, y raíz de zacatón, así como ciertos colorantes se han vuelto de uso universal. No olvidemos el tabaco, deleite y drama. Fuera de esta incompleta lista de propiedades naturales, también el arte del México antiguo influye sobre el arte contemporáneo occidental, contribuyendo así a la gran corriente estética que marca los destinos de nuestra época.

El conocimiento y utilización de una vasta gama de técnicas para la producción agrícola, fabricación de terrazas y obras hidráulicas de diversa índole, uso del bastón plantador (huitzotli) y el azadón de madera (huitctli), cultivo de maíz, frijol, calabaza, chile, chía y tomate; preparación de tortillas de maíz con cal, trabajo de algodón, edificación de complejos urbanos y plataformas piramidales escalonadas; uso de estuco (masa de cal y mármol) para el recubrimiento de superficies arquitectónicas, y traza de patios en forma de una especie de letra “T” mayor para el juego de pelota; la producción de un amplio excedente regular, darían finalmente origen a fenómenos sociales relevantes que requirieron la presencia de

organizadores dirigentes, y esto a su vez llevó a las estratificaciones sociales, comerciales, religiosas, etc.

Este tipo de rasgos comunes presentes por toda Mesoamérica confirieron a la vez características particulares propias que las distinguirían de otras civilizaciones desarrolladas amplia y simultáneamente en otras latitudes del planeta como ya hemos mencionado.

En toda la extensión de la palabra, Mesoamérica representa un *ente endógeno* cuyas particularidades, aún dentro de sus propias diferencias naturales dada su vastedad y complejidad de formas no solo culturales, sino geográficas que la envuelven y circunscriben. Esto es, el área comprendida por Mesoamérica posee características particulares que la hacen diferente al resto de todas las demás civilizaciones.

El origen de la cultura representa la culminación de una serie de procesos que dieron lugar a un paso “revolucionario” por sus consecuencias para la evolución de la organización socioeconómica humana, amén de presentar una incidencia directa en la movilidad de los grupos humanos que habitaron Mesoamérica hasta antes la Conquista.

Otra característica mesoamericana era la fragmentación de unidades sociopolíticas de reducida extensión geográfica, en la cual la complejidad lingüística es una de las más grandes del mundo: no solamente había un gran número de idiomas, sino que pertenecían a familias muy disímiles. Según el investigador alemán Otto Schumann<sup>3</sup>, identifica las siguientes diecisiete lenguas autóctonas agrupadas en tres diferentes troncos, veamos:

---

<sup>3</sup> Véanse Otto **Schumann**; et. al., *Las lenguas de México*, 2 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, SEP, (México, panorama histórico y cultural: IV-V), en Linda **Manzanilla** y Leonardo **López Luján** (Coords.), *Atlas histórico de Mesoamérica*, Ediciones Larousse, Segunda Edición, México, D.F., 1993. Al hacer una revisión de la distribución de las lenguas en el área de Mesoamérica, se observa invariablemente, y mediante las relaciones estudiadas por varios investigadores de otras áreas aún más lejanas como el caso de

CUADRO 1. *Las lenguas autóctonas, según Schumann*

<u>Hekalteco</u>	<u>Otomangue</u>	<u>Uto-Nahua</u>
1. Tequis-tlateco	2. Tlapaneca	10. Taracahita
	3. Otopame	11. Nahua
	4. Chinanteca	12. Maya
	5. Zapoteca	13. Zoque
	6. Mixteco	14. Totonaca
	7. Popoloca	15. Tarasco
	8. Chorotega	16. Huave
	9. Amuzgo	17. Xinca
		18. Lenguas extintas
		19. Lenca
		20. Macro-chibcha

A pesar de peculiaridades y variantes, la unidad de Mesoamérica y su historia paralela no sólo quedan demostradas por el arqueólogo, sino por los datos que proporcionan la etnografía, antropología física y la lingüística. Las numerosas lenguas habladas en el México antiguo han sido en gran parte estudiadas y asignadas a grupos de idiomas, pero representan una clasificación relativa en cuanto a que las fronteras entre los grupos y las lenguas mismas sólo pueden reconocerse por las divergencias mayores o menores entre ellas.

---

Cacaopera en El Salvador, hasta Colombia y Ecuador, de la inferencia de movimientos de sur a norte, lo cual implica necesariamente reacomodos fronterizos según los autores.

Las familias lingüísticas de Mesoamérica nuclear pertenecen a tres grupos: Macro-Mixteca, Macro-Maya y Macro-Nahua. Salvo en el caso de esta última, casi todos sus habitantes quedaban dentro de las fronteras mesoamericanas, y así han permanecido durante numerosos siglos.

Es necesario señalar que, por su importancia, los estudios del *Comité Internacional para el Estudio de las Distribuciones Culturales en América*, creado por el XXXIV Congreso Internacional de Americanistas son muy pertinentes al respecto para orientar la discusión. En la primera parte del artículo sobre Mesoamérica, al tratarse de los límites geográficos y la composición étnica, no se acuda al enunciado método de distribuciones culturales, sino a la información histórica y al resultado de los trabajos sobre áreas culturales, previamente existentes.

Así, se podía afirmar que en el momento de la Conquista formaban parte de Mesoamérica una serie de tribus que agrupan Kirchhoff y Howard F. Cline en cinco divisiones, de acuerdo a la clasificación lingüística que acepta, es obvio que tales divisiones no se establecieron con el método de la tabulación de rasgos y complejos culturales, ausentes y presentes, sino en orden a la reconstrucción de troncos y familias lingüísticas y a su agrupamiento conforme a la familia lingüística descriptiva y comparativa de la que era maestro Sapir.

También se dice que un análisis de la composición étnica existente antes de la Conquista, demostraba que sólo la familia lingüística de los otomíes tenía dos subdivisiones que no pertenecían al conjunto cultural de Mesoamérica, mientras que los grupos zoque-maya y macro-otomangue, en caso de su existencia quedara comprobada, quedarían en su totalidad dentro de Mesoamérica, mientras que la familia nahua se había extendido hasta los últimos límites geográficos, tanto en el norte como en el sur.

De ahí se desprende que:

*“La realidad de Mesoamérica, como región cuyos habitantes, tanto los inmigrantes muy antiguos como los muy recientes se vieron unidos por una historia común, que los enfrentó como un conjunto a otras tribus del continente y confinó por regla general sus movimientos migratorios a los límites geográficos de Mesoamérica” (Olivé Negrete, 1990: 35-49)<sup>4</sup>*

En suma, sin tener que ahondar demasiado, lo relevante de esta cuestión es que el tema principal de la escritura mesoamericana parece haber sido la presentación de información política en una estructura calendárica (Marcus, 1979: 50).

Por lo anterior, es importante hacer notar que la realidad de Mesoamérica, como región cuyos habitantes, tanto los inmigrantes muy antiguos como los muy recientes se vieron unidos por una historia común, que los enfrentó como un conjunto a otras tribus del continente y confinó por regla general sus movimientos migratorios a los límites geográficos de Mesoamérica (A. Fábregas, 1992: 21-22).

Hasta ahora solo nos hemos limitado a mostrar algunos rasgos culturales de Mesoamérica, sin embargo, en éste trabajo aún faltan mostrarse otras consideraciones importantes como son algunas aproximaciones relevantes desarrolladas por diversos autores como veremos en el capítulo tres.

---

<sup>4</sup> Véase. J.C. **Olivé Negrete**, donde el autor dice que para entender y discutir con más precisión este concepto elaborado hacia 1943 (Kirchhoff, 1960: Introducción), debemos considerar los propósitos, principios metodológicos, logros y limitaciones expresados por su autor.

## ***2. DEFINICIONES***

Respecto a la validez teórica del concepto Mesoamérica, es necesario delimitar. En todos los tiempos y en todas las áreas del conocimiento humano, el hombre ha tenido la necesidad de dividir, delimitar la realidad que se nos presenta en forma por demás abrumadora, para acercarse más a ella a fin de estudiarla y conocerla mejor. Creo que en este sentido va o debería ir encaminado el concepto Mesoamérica.

Éste fue creado como una unidad inteligible y capaz de representarnos un área geográfica, más o menos determinado y el proceso básico de interrelaciones culturales que ahí se dio. Es decir, Mesoamérica existe de la misma manera que pueda existir el concepto de sincronía. Ambos conceptos fueron creados por el hombre como parte de una metodología científica que permitiera el conocimiento.

Son pocos los lugares en el mundo donde el hombre, en su historia, ha logrado llegar al máximo estadio a que aspira consciente o inconscientemente toda sociedad humana: crear una “civilización”. La mayoría de estos acontecimientos se ha verificado en el Viejo Mundo y se refieren a civilizaciones en cierto grado ligadas entre sí, ya por su origen o por su desarrollo. En cambio, en América el hombre sólo creo dos civilizaciones autóctonas casi sin ninguna ayuda. La importancia de este hecho radica en la básica igualdad del hombre y su posibilidad de ascenso. Una de estas dos áreas, que es la que trataremos en este trabajo, es la denominada Mesoamérica: región que comprende parte de la actual República Mexicana y algunas de las repúblicas centroamericanas.

Mesoamérica es la región de la América Central, definida por el etno-historiador alemán Paul Kirchhoff (1943) por sus relativos niveles de integración cultural e interrelación histórica. Esta delimitada por los ríos Pánuco y Sinaloa por el Norte, y la península de Nicoya en Costa Rica por el Sur. Se caracteriza por una serie de elementos comunes; periodizada en horizontes (de 3 a 5) genéricamente



distribuidos. Los principales son tres: *PRECLÁSICO* (Olmeca, 1500-300 a.C.: La Venta, Monte Albán), *CLÁSICO* (300 a.C.-900: Teotihuacan, Cholula), y *POSTCLÁSICO* (900-1500); el fin del período clásico es el de la caída de Teotihuacan, el Viejo Imperio maya y Monte Albán.

Para Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (1993), el área ocupa la casi totalidad de las costas continentales, así como el centro y sur del actual territorio mexicano y buena parte de Centroamérica. Esta zona es naturalmente propicia para la agricultura, ya que cuenta con una gran variedad de suelos y climas, por lo que desde el año 2 000 a.C. aproximadamente, Mesoamérica comienza a alojar grupos de variadas culturas esparcidas a todo su largo y ancho; culturas relacionadas entre sí y herederas continuas de los avances anteriores en todas las esferas del seno de sus diferentes sociedades.

Como se sabe, Mesoamérica en el auge de sus florecimientos regionales se caracteriza por el desarrollo de focos locales tanto de tierras altas como en los bosques bajos tropicales. En este período Mesoamérica se convirtió en un mosaico donde diversas comunidades crearon febrilmente redes de comunicación entre sí, lo cual trajo aparejado un fenómeno de heterogeneidad dentro de una actividad básica, o sea, la proliferación de desarrollos regionales en un marco cultural común, en una misma tradición.

Un gran número de rasgos culturales y socioeconómicos de la etapa previa continuarán su desarrollo. Los procesos se dirigirán hacia una mayor complejidad y elaboración de los patrones previamente establecidos durante la etapa inicial. La construcción de obras hidráulicas, la colonización de zonas hasta entonces semi habitadas o completamente deshabitadas, el intercambio de objetos elaborados y materias primas más amplio e intenso, y la continuación del incremento demográfico iniciado a finales de la etapa anterior serían características fundamentales que marcarían el devenir cultural en la amplia geografía mesoamericana, intrínsecamente ligadas entre sí, y muy difícilmente indisolubles.

También presenciaremos por primera vez el nacimiento de grandes concentraciones de población y los primeros intentos, en los valles centrales, de organización y planificación urbana.

Así, Mesoamérica –como todas las civilizaciones de primer cuño- pasa por un largo período durante el cual, con desesperante lentitud, los hombres fueron complicando su cultura, elevando su nivel de vida y acumulando conocimientos y nuevas formas de pensar, iniciadores de esa diferenciación regional que sirvió de chispa a la futura civilización.

No cabe duda de que hay que colocar a Mesoamérica entre las civilizaciones de primer cuño o de primera generación, es decir, que no descienden de otras sino arrancan de una matriz primitiva. Por tanto, sus triunfos o sus derrotas sólo pueden compararse con los triunfos o las derrotas de civilizaciones del mismo tipo, como las que florecieron en Egipto, China, Sumeria-Babilonia, India o la minoica y la andina. Salvo la última, las demás tuvieron contactos más o menos estrechos entre sí como lo demuestran algunos rasgos que comparten.

Esta gran área cultural estaba poblada por sociedades que, mediante un largo proceso de desarrollo, habían alcanzado desde unos dos mil años antes de la Conquista el nivel llamado generalmente civilización, es decir, un tipo de cultura caracterizado por un sistema de producción con cultivos intensivos y artesanías desarrolladas, capaz de mantener una población numerosa en la que existía una división del trabajo que incluía la distinción entre ciudad y campo, entre un grupo de trabajadores dedicados principalmente a la producción de bienes materiales y otros dedicados a la distribución y el gobierno; una sociedad que podía producir refinamientos culturales como sistema de mantener registros, si bien no fuera escritura alfabética, un calendario sumamente elaborado, edificios monumentales, artes primorosas y una religión muy compleja que demandaba la participación de sacerdotes especializados. Este tipo de culturas altamente desarrolladas eran propiamente las sociedades teocráticas mesoamericanas.

## **2.1 MESOAMÉRICA COMO ÁREA CULTURAL O ARÉA GEOGRÁFICA**

El estudio de las áreas culturales sigue siendo, un importante instrumento para el estudio de diversos aspectos de la cultura de los pueblos, y aún la vilipendiada distribución de rasgos culturales tiene gran importancia como un primer paso para el análisis e interpretaciones posteriores para algunos estudios, como puede ser –entre otros- el estudio estructural de mitos o de “obras de arte”. Parece ser que para establecer definitivamente el área cultural mesoamericana se debe determinar con mayor precisión cuáles serán los rasgos, o complejos de éstos, que la caracterizan (Yólotl González, 1990: 148-155).

Según la autora, desde 1922, Franz Boas (cit. Por N.K. Bose, 1977, 1977: 13) hizo notar que las fronteras raciales, lingüísticas y culturales no coinciden necesariamente y que, en general, las tres se comportan independientemente unas de otras respecto a su distribución geográfica. Sin embargo, Dumezil (1977) ha basado su estudio sobre la concepción tripartita del mundo visible e invisible de los pueblos indoeuropeos, quienes están distribuidos en el enorme territorio que habían conquistado en los dos últimos milenios de nuestra era, que no tenían unidad de raza, ni política, pero compartían una ideología de tres funciones definidas por la fuerza física, la riqueza y la inteligencia, cada una de ellas asociada a las tres clases sociales de los sacerdotes-sabios, guerreros y productores.

Al respecto Yólotl opina que en Mesoamérica tanto la lengua como la geografía y el hábitat así como la organización sociopolítica, son factores muy importantes en la formación de las áreas culturales, y que serán precisamente estos factores los que en determinado momento nos ayudarán a definir el área y las sub-áreas culturales mesoamericanas. En el caso de la cosmovisión, el lenguaje juega un papel definitivo, ya que es uno de los procesos simbólicos más importantes, similarmente lo son el hábitat y las relaciones sociales ya que éstos también se traducirán a símbolos (Yólotl, Ibid: 47).

## **2.2 RASGOS CULTURALES Y GEOGRÁFICOS**

Así, dentro del territorio mesoamericano, que en comparación al que poblaron los indoeuropeos no es demasiado extenso, pero que sí contiene ecosistemas muy diferentes y definidos, encontramos varios troncos lingüísticos entre los que el yuto-azteca y el mayense parecen haber jugado importante papel para la conformación de subáreas de Mesoamérica, coincidiendo en gran medida, sobre todo en el caso de los pueblos mayas de las tierras bajas con un tipo de hábitat bastante homogéneo.

Otro aspecto que debe tomarse en muy cuenta, sobre todo para la distribución de los rasgos religiosos es el desarrollo socioeconómico del pueblo en cuestión, ya que como dice López Austin, “La ideología dominante tendría a homologar las distintas cosmovisiones [...]. Además, es muy factible que el desarrollo del comercio haya influido en la difusión de muchos rasgos” (López Austin, 1980: 471).

Por ejemplo, ya Thompson (1932: 128) en un estudio lunar en Mesoamérica, enumera una serie de características, que también sería interesante revisar:

- I. Era la esposa (a veces la hermana) del sol.
- II. Era la patrona de los trabajadores textiles y, posiblemente, inventó el tejido.
- III. Precedía la procreación y el nacimiento y fue la primera mujer que tuvo relaciones sexuales.
- IV. Era licenciosa.
- V. Como la primera mujer era considerada como nuestra abuela o Madre de los dioses.
- VI. A través de sus características licenciosas es asociada con la rosa.
- VII. En la tradición mexicana y probablemente también en la maya, era la madre de la tierra y madre del dios del maíz.
- VIII. Su esposo (o asociado) era un poeta o cantante.
- IX. Estaba asociada con el zopilote rey, con el venado y con la araña.

- X. Era la diosa de la adivinación.
- XI. Estaba conectada con el agua.

Para Yólotl, la mayoría de éstas características se pueden aplicar, en general, a las deidades mesoamericanas con asociaciones lunares, pero hoy otras en las que habría que hacer un análisis más profundo, entre otras que Teccistecátl, la deidad de la luna mixteca, era masculino e igualmente lo era el personaje mitológico de la una totonaca, y no debemos olvidar que aún en el Popol Vuh, luna y sol son hermanos. En el mito huichol el sol es un niño. La luna, una viejecita.

Ciertamente, investigadores han escrito desde el siglo pasado, plantearon que las deidades eran las más antiguas y que los pueblos venidos del norte trajeron un culto en el que eran preponderantes los dioses celestes. Este es otro punto que se tendría que revisar puesto que por lo menos la observación y el estudio de los astros, sino es que su culto, parece ser muy antiguo en Mesoamérica.

La importancia del maíz como principal sustento de Mesoamérica llevó a que ésta planta fuera deificada en toda el área, ocupando junto con la lluvia uno de los lugares más importantes del culto. En el caso de la deidad no se pueden marcar grandes diferencias entre el área maya y el norte: en ambos lugares representado como deidad joven, las diferencias estriban en el sexo fundamentalmente.

Aunque todavía restan muchas deidades a las que habría que mencionar, algunas de ellas muy importantes como Tezcatlipoca, que parece ser producto de la concepción nahua, también hay un buen número de aspectos sobre las diferentes creencias de los pueblos mesoamericanos, como el de la concepción del mundo, tierra, cielo, inframundo, la división cuadrupartita del universo, la importancia de los números, sobre todo el 3, 4, 9, 13, 20 y múltiplos; el concepto de la muerte y el más allá en los que deberíamos detenernos con más detalle, así como también de la importancia de un campo que puede resultar muy fructífero para definición de nuestras áreas, y este es el de los mitos (López Austin; Ibid).

### 3. NUEVAS APROXIMACIONES TEÓRICAS

La gran complejidad y la vasta bibliografía de un tema tan apasionante como es Mesoamérica entendido más como una serie de conceptos articulándose constantemente desde diversas perspectivas teóricas, así como sus límites fronterizos, no es una tarea que deba mirarse de reojo, sin embargo, para el fin que me ocupa, he recurrido en no pocas ocasiones a algunas de las fuentes escritas más incipientes como son las crónicas de los primeros misioneros católicos en el continente americano, ya que éstas representan de cierta forma, y de una manera – digámoslo así- “empírica” los primeros acercamientos reales a los inmensos territorios que tenían ante sí, es decir, por decirlo de otra forma, son los primeros intentos de aquellos por reconstruir a su manera, un mundo hasta ese momento nuevo. Por otra parte, muchos de sus datos etnográficos son significativos al momento de apoyar esta labor que intenta ser, sobre todo, explicativa en sus alcances.

Así pues, es evidente que una aproximación teórica de lo que bien pudieran denominarse las “*nuevas definiciones*” no puede excluir errores de apreciación y subjetividades, siendo éstas las menos deseables en una investigación de esta naturaleza., si bien es cierto que, las ciencias antropológicas pueden complementar o, en el mejor de los casos, corregir tradiciones o historias equívocas<sup>5</sup>. En este sentido, quien mejor para hablar de cultura que el antropólogo.

En efecto, algunos investigadores perciben las raíces de Mesoamérica en el más profundo suelo arqueológico, en el Paleoindio o Paleolítico, a partir de 30, 000 a.C. Transcurren muchos milenios hasta que otros especialistas establecen los comienzos de Mesoamérica, el inicio del “Formativo” (3 000 a. C.), ya con la aparición de la cerámica o, más tarde, con el pleno desarrollo de la agricultura<sup>6</sup>. Y

---

<sup>5</sup> Thompson, *Maya History*, p. xiii.

<sup>6</sup> K.V. Flannery, 1976:9; W. Haberland, 1974: 21-30; E. Mc Clung de Tapia, 1979: 10; W. Jiménez Moreno, 1976; G.R. Willey et.al., 1971: 446.

los encantadores olmecas convencen a ciertos investigadores de que son específicamente ellos los fundadores de la genealogía real, de abolengo mesoamericanista.<sup>7</sup>

Así, tenemos que para Jaime Litvak King (1975: 179), el cual hace una descripción crítica de los modelos y análisis de Kirchoff, Jiménez Moreno, Willey, Sanders y Price, Sanders y Marino, Armillas, Flannery, Kroeber, etcétera, y de la co-tradición (para los Andes) de Bennet. Esto es importante porque el autor propone un modelo basado parcialmente en Jiménez Moreno y Flannery en cuanto insiste sobre “la estrecha relación entre la superárea (Mesoamérica) y la diversidad ambiental”.

Resalta como una característica clave (a juicio de Chapman) la de las redes de contacto, que distinguen la superárea de sus alrededores. Define Mesoamérica como sistema espacial de intercambio normal, donde cada región componente, además de su dinámica interior tiene relaciones de este tipo con todas las demás regiones que la conforman, que varían en el tiempo y que presentan entre sí estados de equilibrio siempre cambiantes. Esta definición, basada en la interacción entre zonas en un principio caracterizadas ecológicamente y luego como partes componentes de un red, difiere de la idea de co-tradición de Bennet en cuanto a que sus partes no tienen una acción interétnica en un ámbito interregional, de la co-historicidad de Kirchoff puesto que sus propias líneas de desarrollo en el tiempo pueden variar considerablemente y del juego de pares dialécticas de Jiménez Moreno en cuanto a que “supone una relación de unidades, de número cambiante, siempre múltiples” (p. 183).

Aclara que, “una vez probada la existencia tangible de la superárea por los elementos de la cultura material re-cobrables y de procedencia conocida extrarregional, se puede proceder a suponer el viaje, con ellos, de ideas, formas de

---

<sup>7</sup> I. Bernal, 1968:135; 1969:1, 127-128,193; W. Jiménez Moreno, 1975: 478; P. Kirchoff, 1983: 20,22; E. Nalda, 1981: 154-155.

gobierno, etcétera” (p. 191). Utiliza, en efecto, diferentes materiales culturales, sobre todo tipos de cerámica para señalar los límites de Mesoamérica durante seis etapas, ilustrando cada una con un mapa, desde la extensión máxima de la cultura olmeca, hasta el Postclásico Tardío (siglo XVI).

No intentaré presentar una síntesis de lo que pudiera caracterizar o definir a las culturas mesoamericanas, ni esbozar los diferentes períodos de su trayectoria, ni mucho menos, comentar sobre sus subáreas. En cambio, lo que sí haré será enumerar algunos de los puntos de partida, principios e hipótesis que guiaron a la propia Chapman a la formulación de un modelo para tratar de conceptualizar Mesoamérica. En mi entender, muchos de los principios son de sobra conocidos, empero útiles a la hora de abordar el asunto en cuestión. De tal forma, la autora propone de manera sucinta lo siguiente:

1. Que en lugar del concepto de Mesoamérica como idea cultural, de alta cultura o civilización, definido por características o elementos culturales<sup>8</sup>, consideremos a Mesoamérica en función de un modelo que consiste en un determinado tipo de sociedad y sus manifestaciones culturales variables.
2. La riqueza de los datos, lo extenso y detallado de los conocimientos de las culturas del área que nos concierne, es mayor para el siglo XVI, en vísperas de la Conquista, que para épocas anteriores. Esta riqueza de información nos permite emplear el modelo para este periodo o secuencia con mayor facilidad que para ningún otro; en consecuencia, debemos, siguiendo a Kirchhoff, empezar allí.

---

<sup>8</sup> J. A. **Graham** comenta (1981: viii) en la introducción del libro que editó sobre Mesoamérica: *One consequence of Kirchhoff's paper* [artículo sobre Mesoamérica] “which I consider particularly unfortunate has been a contribution to the reification of the notion of one culture, one civilization, one Mesoamerica across the dimensions of time, language, and environmental frontiers. It will surely seem curious to some that archaeologist who have acquired sophistication in the anthropological study of cultural change should so readily hold to the view of ‘a single unified tradition’ or ‘one basic civilization’, particularly given their familiarity with comparative world history [...]”



3. Si el modelo debe empezar con la secuencia a partir del siglo XVI y abarcar épocas anteriores como ya lo ha propuesto muchos investigadores.

### **3.1 ETNICIDAD Y FRONTERAS**

A lo largo de este trabajo se ha venido enunciando constantemente que civilizaciones como la maya o la mexicana, con estadios superiores de conocimiento para interpretar y dominar muchos fenómenos naturales, mostraron que es posible, aún sin contar con elementos tecnológicos como los que había en Europa en su tiempo que es posible dominar las adversidades del medio.

El tema “Mesoamérica” de ninguna manera escapa a planteamientos más enfáticos sobre el concepto de frontera y su relación con los grupos étnicos y sus fronteras. Por su parte, el antropólogo David Kaplan propone establecer la diferencia entre el dominio tecnológico particular y el general, involucrando en esta distinción la separación analítica entre evolución particular y evolución general. En este planteamiento, la evolución particular resulta de la especialización adaptativa en el dominio de la naturaleza, alcanzada mediante el propio desarrollo evolutivo. Este argumento enfatiza que el medio es convertido en un nicho ecológico que asumirá sus características definitivas cuando una especie logre imponer sus condiciones, estableciendo para ello sus propias fronteras. El resultado final es la pequeña adaptabilidad (David Kaplan, 1960: 23).

La evolución general va unida a la gran adaptabilidad que extiende la **frontera ecológica** en la medida en que las especies se van abriendo camino. Aquí se plantea que la especie dominante en la evolución general entra en conflicto con la que domina la evolución específica. El argumento, plenamente biológico asegura que es la especie mejor adaptada a su propio nicho la que tiene las amplias posibilidades de imponerse. Esta argumentación es trasladada por la etnología

evolucionista al plano de la cultura mediante la “Ley de la dominancia cultural” que el mismo Kaplan enuncia de la siguiente manera:

*Aquél sistema cultural que mejor explota los recursos del medio ambiente dado, tenderá a expandirse en tal medio a expensas de sistemas menos efectivos (Kaplan, 1960: 75).*

Este planteamiento concibe la expansión o contracción de la frontera en términos de la capacidad tecnológica de los grupos humanos.

Al respecto existe un grave problema para sustentar una argumentación de esta naturaleza porque como señala Fábregas (1992), difícilmente hoy en día es poco probable que una sociedad subsista sin tener algún grado de interdependencia, es decir, las sociedades avanzadas trascienden sus propias fronteras e imponen sus condiciones y visiones sobre el resto. En este tenor ¿Hasta dónde llegan los límites de lo étnico en este contexto?

En palabras de Barth Frederick, el problema se resume en la pregunta de ¿Cómo definen las fronteras étnicas a un grupo humano. Dichas fronteras son sociales y pueden o no tener su contraparte territorial, es decir, los grupos étnicos no necesariamente se basan en la ocupación de un territorio, sino en criterios específicos para determinar la membresía, la inclusión o la exclusión en la definición de las fronteras del grupo.

Este planteamiento es la frontera étnica la que encauza la vida social, la que define al individuo como miembro o no del grupo, porque tal acción está apoyada en criterios para evaluar y calificar quién está dentro y quién está fuera. De manera que el concepto de frontera usado en su acepción inglesa *border*, o límite ocupa un lugar central no sólo no sólo para trabajar la definición de un grupo étnico, sino para establecer la evolución cultural. Es el concepto de frontera como *límite étnico* lo que aquí constituye el centro de ésta parte de la investigación y no el *contenido cultural* del grupo. El límite étnico no está localizado en los márgenes de la cultura de un

pueblo y sus formas de organización sino que constituye su núcleo, el lugar exacto de su definición como tal. La frontera no está en la orilla sino en el centro. Desde allí se canaliza la organización de la sociedad, el comportamiento complejo de las relaciones sociales.

Como dice Barth, la identificación de una persona como co-integrante de un grupo étnico implica que se comparten criterios de evaluación y juicio. La definición de los otros como extraños requiere el reconocimiento de los límites, de las diferencias en los criterios para juzgar en dónde termina el nosotros y empieza el ellos (lo que bien pudiéramos llamar el fenómeno de la “otredad”, o del uno visto en el otro). Es decir, los grupos étnicos persisten sólo en contraste establecido por la sistemática continuidad de las diferencias culturales. Por lo tanto, el mantenimiento de los grupos étnicos implica la estructuración de la frontera como límite, las reglas que normaran los encuentros sociales entre el nosotros y ellos. Barth lo propone diciendo que las relaciones interétnicas estables presuponen una estructuración de la interacción que se localiza en el conjunto de prescripciones que rigen situaciones de contacto, mismas que señalan en qué sectores se puede dar la interacción y en cuáles no. Esto es precisamente lo que define la frontera como límite (Barth, 1970: 15-16).

La perspectiva evolucionista de este planteamiento etnológico radica en su preocupación por mostrar el desarrollo de formas emergentes tanto de culturas como de sociedades. El argumento de Barth intenta demostrar que los límites étnicos se mantienen mediante un conjunto específico de características culturales. La persistencia del grupo depende de la continuidad de esas características mientras el cambio es permitido precisamente en aquellos rasgos que no intervienen en la definición de la frontera. Este razonamiento le permite a Barth descubrir que cuando se traza la historia de un grupo étnico no se está delineando la historia de una cultura porque el grupo tiene una existencia organizacional continua con sus fronteras que, en medio de las modificaciones evolutivas, caracteriza al propio grupo.

Los argumentos expuestos hasta el momento en buena medida coinciden en gran medida con que al interior del área mesoamericana existen múltiples sociedades pluriétnicas basadas en la especialización económica y la interdependencia de sus componentes. Las relaciones entre los distintos grupos étnicos están basadas en la dicotomía de identidades, las del indio con el conquistador, mediante las que se comunican las diferencias culturales. Los arreglos ocurridos entre las distintas categorías étnicas son diferentes a las establecidas interiormente en cada una de ellas. La característica fronteriza de esta situación está expresada en la combinación entre segmentación étnica y la interdependencia económica peculiar de los diferentes grupos étnicos conformantes de la vasta y tan compleja Mesoamérica.

Para finalizar este punto es de suma relevancia mencionar la idea de Guillermo Bonfil, en un libro justamente celebre, titulado “*México Profundo*” (1987), puesto que el autor no hace un uso explícito del concepto de frontera, pero el tratamiento del dato, la perspectiva del enfoque, nos descubre a las fronteras como límites entre lo que Bonfil llama el México profundo y el México imaginario. Sin embargo el autor muestra una sistemática negación de la civilización mesoamericana y el avance de un México occidentalizado que en la práctica suprime la pluralidad cultural del país, desde la Conquista, claro, desde su punto de vista.

En suma: el concepto de frontera en etnología se ha usado en dos acepciones:

1. Como límite entre culturas e identidades que pueden o no coincidir con los límites territoriales.
2. Como frente de expansión de la cultura occidental sobre pueblos de tradición diferente.

La conclusión de todo ello es que el análisis etnológico de las fronteras étnicas necesita un enfoque relacional capaz de explicar a los grupos étnicos, a las identidades, como categorías sociales que sientan las bases para la adscripción y la configuración de los límites. La manera que éstos operan es un asunto que puede observarse con mayor nitidez en situaciones de confrontación –como sucede, por ejemplo, en los movimientos religiosos- o cuando la concepción y la práctica del concepto de frontera es la del frente de expansión.

Las situaciones de frontera están relacionadas con procesos de expansión, al encierro de una sociedad como el ejemplo impresionante de China; o la formación de los Estados nacionales y a procesos de migración, en la generalidad de los casos, de contingentes humanos significativos. Por supuesto, no existe una sola clase de frontera y la tipología de la misma estará en función de los criterios de clasificación que adopte el investigador.

Así mismo, los rasgos característicos de una sociedad de frontera no pueden ser generalizados históricamente, sencillamente porque el establecimiento de una frontera –cualquiera que sea- no origina una situación inamovible. Los rasgos de una situación fronteriza han de ser descritos en un contexto histórico particular y en relación con la situación social que la originó.

No es menos importante señalar que el análisis de los procesos fronterizos tiene que ver con las transformaciones que convirtieron a la multiplicidad de historias locales en historia universal.

En conclusión, en el mundo prehispánico, aún en el mundo contemporáneo, el análisis de la situación fronteriza no se reduce a la cuestión territorial entre Estados nacionales o señoríos o etnias. La revisión crítica de las hipótesis fronterizas nos descubre la multicasualidad de los procesos históricos y la variedad diversidad de las situaciones de la frontera. Una frontera se crea a partir de la actividad humana, de los encuentros y desencuentros con la propia historia y la de los otros.

Es desde este momento que la frontera es modelada y transformada por la actividad y el crecimiento del grupo. El cambio de las fronteras constituye el tema prioritario del análisis, siendo compleja la cuestión que se nos presenta porque incluye el examen de cuándo una frontera deja de serlo o sólo cambia su naturaleza.

### **3.2 MOVIMIENTO DE FRONTERAS**

Ya desde la etapa lítica que finaliza hace aproximadamente 4 500 años, el hombre subsiste con lo que el medio ofrece, apropiándose, y como resultado de esta interacción hay una producción cultural, lenta mientras no hubo grave competencia, siempre en proceso de diversificación, y de acuerdo a los cambios climáticos y de flora y fauna que gradualmente lo llevaron a controlar los productos vegetales, culminando en la invención de la agricultura. Aquí comienza la verdadera integración, incipiente si se quiere, de Mesoamérica como concepto geográfico y cultural (Romano P., 1990: 73).

Es indiscutible que las aportaciones de Kirchhoff al concepto de Mesoamérica son de entrada vastas amén de discutidas. Kirchhoff logra, gracias a su indiscutible profesionalismo, distinguir numerosos rasgos culturales compartidos por todos aquellos grupos humanos que alcanzaron gran desarrollo y se encontraban habitando el territorio localizado –aproximadamente- entre los paralelos 10° y 25° de latitud norte. Esta posición geográfica, sin duda, determinó el nombre de Mesoamérica. Reforzó su estudio comparando su superárea con las del sureste y suroeste norteamericano, así como con las regiones andina, amazónica, chibcha, a base de presencia o ausencia de los elementos culturales por él seleccionados. Si fue lo correcto o no lo fue, es otra situación ajena a nuestro propósito, que sí es la presencia de una constante movilidad humana en tan vasto territorio.

En mi opinión y de acuerdo con algunas de las apreciaciones vertidas por Nigel Davis, un factor determinante que influyó en un continuo e incisivo afán

expansionista principalmente del Imperio Azteca, -si lo consideramos como un punto de referencia- fue la obsesión por obtener prisioneros para realizar sacrificios masivos para satisfacer sus necesidades religiosas (Davis, 1987: 342-343). Un importante eje para entender la movilidad territorial de los pueblos mesoamericanos es el acercamiento a una perspectiva guerrera con tintes eminentemente religiosos. Las “*Guerras Floridas*”, que tenían por objeto conseguir prisioneros de entre los distintos bandos involucrados para ofrendar en sacrificios a los dioses, dan cuenta de ello, y dan pie a pensar que el hecho de guerrear influidos por motivos religiosos, pero sobre todo con fines rituales, y por sobre esto pactados de común acuerdo, fue suficiente motivo para paulatinamente ir debilitando al imperio, y modificando las fronteras mesoamericanas, como en el caso mexicana, por lo menos hasta antes de la llegada de los europeos.

También, existe la posibilidad de que de haberse valido por sí mismo y de haber sufrido posibles derrotas por parte de los tarascos y otros, el imperio azteca hubiera reducido su tamaño y emprendido su retirada de las provincias más remotas del suroeste, en las que gran parte de su control era a lo sumo parcial y poco claro, pero igualmente hubieran surgido nuevos caudillos aztecas que con base en los fracasos del pasado hubiesen vuelto a crear un imperio más sólido, con un dominio más estrecho sobre las provincias y los príncipes sometidos.

Situaciones como estas suponen ya un gran debilitamiento al interior de las estructuras internas de este pueblo y, por supuesto, trayendo consigo problemas en el control y administración del territorio y las fronteras establecidas a lo largo del amplio período de expansión. El problema de garantizar suficientes prisioneros para satisfacer la obsesión mexicana por los ceremoniales, difícilmente se prestaba a soluciones de largo plazo. Pero en el caso de que las desgracias transitorias redujeran el flujo de cautivos, es posible que la pura necesidad hubiera instigado un nuevo sentido de realidad hacia un Estado más estable cuyos rituales, aunque espléndidos, hubieran requerido menos víctimas.

Aún cuando la religión de la Mesoamérica central era inseparable del sacrificio humano, las fiestas fundamentales estaban estrechamente ligadas a este tipo de actos ceremoniales. Al decir de Sahagún, no especificaban en sí sacrificios masivos, pues pese a que se habían tornado en una costumbre devastadora, se trataba de una práctica que las circunstancias quizá hubieran podido modificar. Tal situación no es del todo desconocida en el pasado, ya que después de la primera campaña que emprendió Tizoc contra Metztlán, con el propósito específico de obtener víctimas para su coronación, sólo se capturaron 40 hombres<sup>9</sup>.

Los esfuerzos que realizó el propio Moctezuma II para satisfacer la demanda de sacrificios masivos estaban predestinados al fracaso, pues aunque finalmente hubiera o no conquistado Tlaxcala y aún cuando sus francas ofensivas hubiesen proporcionado más prisioneros en el corto plazo, a la larga se habría agotado la reserva humana que ofrecía esa ciudad. La única alternativa concebible hubiera consistido en permitir que los súbditos de lugares más distantes lucharan entre sí en una especie de guerra florida o en incitarlos a atacar pueblos situados más allá de los confines del imperio. A continuación podrían haber exigido de éstos súbditos cierta cantidad de cautivos a manera de tributo en mayor escala que la que ya se aplicaba en la época de Moctezuma. Por otra parte, es posible que las distancias hubieran puesto en peligro el éxito de cualquier proyecto de esa naturaleza.

Predecir el futuro azteca de no haber intervenido los españoles, obviamente implica especulaciones que desafían cualquier respuesta categórica. Nadie en la actualidad puede afirmar si los mexicas hubieran sido la potencia dominante en Mesoamérica durante muchos siglos o si, como los toltecas, su poderío sería efímero.

---

<sup>9</sup> Durán, *Historia*, vol. II, pp. 303-305.



Tenochtitlán sufrió las mismas imperfecciones que Teotihuacan y Tula, sus predecesoras; faltas de innovaciones técnicas y, en particular, medios inadecuados de transporte, desde el punto de vista de las distancias involucradas.

Aunque el aumento de población en el Valle de México hasta ese entonces había servido de estímulo, no se proyectaba un fin a la explosión demográfica. De haber continuado, la meseta central de México hubiera corrido la suerte actual de muchos países del Tercer Mundo en donde la población se incrementa desmesuradamente y la tecnología se encuentra rezagada y es incapaz de satisfacer las necesidades del número de personas adicionales, situación que crea desasosiego.

No obstante, Tenochtitlán fue un lugar idealmente adecuado para servir de metrópolis a cualquier imperio mesoamericano, ya fuera bajo el control de los mexicas o de un rival victorioso hasta entonces desconocido. Hemos mencionado algunas características que no sólo en el caso de los mexicas sirvieron para conferirles una posición estratégica en su entorno. El establecimiento de fronteras en Mesoamérica fue resultado de muchos de éstos. Primero, su establecimiento en una excelente ubicación topográfica en el momento oportuno; segundo, su avaricia de poder o voluntad de conquista combinada con un cierto destino; tercero, una sed de ganancias mercantiles o materiales, y cuarto, en un sentido muy especial, la religión inspirada por una pasión por el ritual casi única y embellecida con los despojos de las conquistas de largo alcance.

Al respecto Conrad y Demerest argumentaron que, para ésta época ya existían claras evidencias que permiten inferir que justamente en vísperas de la llegada de los españoles, el expansionismo de este pueblo presentaba síntomas claros de una decadencia política muy marcada:

*“Circunscrito por barreras externas y restringido por una estructura débil, el imperio no podía ya esperar mantener una política de expansión. Paradójicamente, al mismo tiempo que la expansión había dejado de ser posible, seguía constituyendo la piedra angular del sistema ideológico y político mexica. Era, por consiguiente, imposible convertir*

*al sistema imperial mexicana en un Estado estable sin destruir valores fundamentales que mantenían la integridad del sistema”<sup>10</sup>.*

Como hemos podido observar hasta el momento, es evidente –por lo menos en el caso mexicana– cómo una serie de diversos factores como son la religión y el componente demográfico traducido en un constante aumento poblacional, aunado a las continuas y permanentes migraciones tanto internas como externas, contribuyeron en mayor o en menor medida (algunas veces aumentando el territorio, y otras reduciéndolo) al movimiento de los límites de tan vasto imperio.

### **3.3 CONCORDANCIAS Y DISCREPANCIAS**

Podemos considerar por un instante la relación de Mesoamérica con Oasisamérica<sup>11</sup>, desde el punto de vista del intercambio de ciertos elementos inexistentes en una o en otra, como es el caso de la importación tecnológica de una agricultura compleja desde Mesoamérica hasta Oasisamérica, así como la polémica actual entre los investigadores entorno al origen endógeno o exógeno de las plantas domesticadas en ésta última, y la cerámica entre otros.

A pesar de que las plantas cultivadas, la agricultura y la cerámica llegaron muy probablemente desde Mesoamérica, las sociedades oasisamericanas adquirieron con el paso de los siglos un carácter propio. A partir de 500 d.C. y hasta el colapso de sus grandes centros, Oasisamérica incrementó sus intercambios con las distintas sociedades mesoamericanas. Hemos visto como al momento de pretender delimitar límites o áreas precisas, la tarea se hace cada vez más difícil.

---

<sup>10</sup> Conrad y Demerest, *Religión*, p. 91.

<sup>11</sup> Como puede verse como un ejemplo de la situación “fronteriza”. De las tres superáreas culturales del México prehispánico, Oasisamérica es la última en formarse. Su origen tiene lugar 2,000 años después de la separación de Mesoamérica y Aridoamérica, es decir, hacia 500 a.C. Op. cit. López Austin y López Luján, “Las grandes divisiones”, en *El pasado indígena*, FCE y El Colegio de México, 1999. pág. 40-45.

En gran medida, la presentación de sus peculiaridades se debió a la enorme distancia entre los núcleos de ambas superáreas culturales y a la presencia intermedia de grupos sedentarios que no alcanzaron la complejidad de sus vecinos del norte y del sur. Esto ha puesto en dificultades a los especialistas que pretenden fijar de manera precisa las fronteras entre Oasisamérica y Mesoamérica. La sucesión de pueblos agricultores a lo largo de la Sierra Madre Occidental, como los huicholes, coras, tepehuanes y tarahumaras, marca una dilatada transición entre las dos superáreas. Por otra parte, los oasis americanos establecieron contactos más intensos y frecuentes con sus vecinos recolectores-cazadores (López Austin; López Luján, 1999: 44-45).

Como señala Emily McClung de Tapia<sup>12</sup>, en las regiones septentrionales, donde la aridez no permitió la transformación protoneolítica hacia la agricultura, los recolectores-cazadores continuaron su antigua forma de vida durante milenios. Con la separación en 2 500 a.C. de las sociedades nómadas y las agrícolas sedentarias se marca convencionalmente el nacimiento de Aridamérica y Mesoamérica. Dos mil años después, el vasto territorio aridoamericano se verá disminuido probablemente por las avanzadas de los agricultores que penetran desde el sur a los actuales territorios de Chihuahua, Sonora, Nuevo México y Arizona. Surgirá así en el corazón de Aridamérica una nueva superárea cultural: Oasisamérica.

Los contactos entre agricultores y recolectores-cazadores de las tres superáreas fueron intensos, ya pacíficos, ya antagónicos. Con frecuencia se produjeron relaciones de complementariedad entre ambos tipos de economía. Esto creó amplias y difusas franjas fronterizas en las que convivieron grupos de diferente organización social y en las que se generaron comunidades mixtas en economía y cultura. Las fronteras, además variaron a lo largo del tiempo debido

---

<sup>12</sup> Emily **Mc Clung de Tapia** y Judith **Zurita** (1994-1995: 209-246) dicen que: “una característica poco estudiada, pero muy importante es que las fronteras mesoamericanas, y por consiguiente las de las otras dos superáreas culturales circunvecinas a ésta, Aridoamérica y Oasisamérica, con toda seguridad se vieron influenciadas desde el punto de vista del movimiento fronterizo por la presencia de grandes cambios en los regímenes pluviométricos a lo largo de toda su formación”.

fundamentalmente a cambios en los regímenes pluviométricos. *Grosso modo*, los avances y los retrocesos de los agricultores estuvieron determinados por las fluctuaciones de los límites de las zonas climáticas BShw (seco estepario cálido, con lluvias en verano) y Cw (templado húmedo con lluvias en verano) (L. Austin; L. Luján, *Ibid*: 26-27).

Retomando solamente Mesoamérica, durante el período conocido como el Epiclásico mesoamericano, entre los años 650 y 750 d.C., se inicia una de las transformaciones más significativas de la historia mesoamericana. Teotihuacan pierde la primacía política y económica que había mantenido durante largos cinco siglos. Si el peso de Teotihuacan en su época de esplendor fue tan grande, no es de extrañar que su colapso haya tenido repercusiones en prácticamente toda Mesoamérica. Hasta antes de este período prácticamente no había habido un retraimiento de las fronteras mesoamericanas.

De muy distinta índole son las explicaciones de la caída del área norte y de la radical retracción de la frontera mesoamericana hacia el sur. Así, un ejemplo de ello es lo que toca al septentrión mesoamericano, Charles D. Trombold<sup>13</sup> descubrió que los pobladores del Valle de Malpaso se concentran en un primer momento en torno de las zonas mejor irrigadas y de mayor fertilidad. Sin embargo, el incremento desmedido de la densidad en estas zonas, sucede un desplazamiento multitudinario hacia el norte oeste y, sobre todo, al centro de México. La Quemada es abandonada en 850 y la franja fronteriza mesoamericana se retrae unos 250 kilómetros hacia el sur, quedando este territorio en manos de sociedades de recolectores-cazadores (López Austin; López Luján, *Ibid*).

---

<sup>13</sup> Charles D., **Trombold**, *A Reconsideration of Chronology for the Quemada Portion of Northern Mesoamerican Frontier*, *American Antiquity*, 1990, v. 55, n.2, pp. 308-324.

En el área sureste el proceso es aún más tangible<sup>14</sup>. En aproximadamente un siglo, entre 810 y 909, la élite gobernante parece desaparecer por completo. Ante índices de tal importancia a lo largo y ancho del territorio mesoamericano, el colapso resulta incuestionable. El problema, claro está, se centra en la búsqueda de explicaciones coherentes a los fenómenos observados en el contexto arqueológico primeramente. Y no son pocos quienes han intentado dar respuesta a esta gran incógnita, aunque casi todos se han centrado en un sitio, en una región, cuando más, en un área.

La frontera mesoamericana, principalmente en el sur desde anteriores a la Conquista, ha sido un territorio que es social, histórica y culturalmente centroamericano. Ha sido así desde tiempos anteriores al surgimiento de la frontera, cuando era posible distinguir con claridad cultura y sociedad en lo que hoy es el centro del país con lo que actualmente es el sur de México. En efecto, el centro estuvo dominado por pueblos de origen y habla nahua, variados entre sí, pero con estructuras sociales y culturales básicamente parecidas.

La centralización del poder, la organización política contrastante con el sur. Si tomamos como sur al antiguo territorio dominado por los mayas, sin excluir a otros pueblos como el zoque-mixe-popoluca, es claro que la “frontera” se iniciaba en el Istmo de Tehuantepec, en donde propiamente dan comienzo las tradiciones centroamericanas.

---

<sup>14</sup> Para mayor referencia véase: **Jiménez Moreno**, Wigberto, *Mesoamérica*, en Enciclopedia de México, Rogelio **Álvarez** (dir.), México, 1977. El autor equipara el declive de esta civilización con el Imperio Romano: “la supuesta decadencia de un idílico estado teocrático habría facilitado la irrupción de los chichimecas, grupos belicosos y bárbaros del norte que pusieron fin a la gloriosa historia de la ciudad”. Compárese también esta postura en **López Austin** y **López Luján**, *Ibid*, pp. 158. En contrapartida, véase Jaime **Litvak King**, en “*Xochicalco en la caída del clásico: Una hipótesis*”, *Anales de Antropología*, v. 7. 1970, pp. 131-144. En esta obra se sugiere que la caída de Teotihuacan más bien debió haberse producido por consecuencia directa de la competencia con centros emergentes como el Tajín, Cacaxtla y Xochicalco. Así para cada una de las áreas componentes de la superárea cultural de Mesoamérica, los motivos de su colapso parecen haber sido muchos y muy diversos; el agotamiento de los suelos, la demografía, el surgimiento de nuevos centros de poder, etc.

Ni los mixe-zoque-popolucas, ni los mayas, propiamente hablando, construyeron unidades políticas abarcativas como el Estado en el centro, entre los nahuas. Son más bien las jefaturas (casozoque-mixe-popoluca) y una estructura semejante a la de la ciudad-Estado las que aglutinaron la organización social del poder. De esta manera, ciudades como Bonampak, Palenque, Tikal, Chichen Itzá, Kalakmul o Uxmal reconocían un territorio, aceptando los dominios de otras ciudades. Incluso como es evidente en Bonampak, la guerra entre estas ciudades fue un suceso ampliamente difundido. Incluso puede trazarse las fronteras previas a la expansión de Europa con una línea que partía del sur de Trujillo hasta el Golfo de Fonseca, avanzando hacia el suroeste por la región de los Lagos de Nicaragua hasta llegar al actual Golfo de Nicoya en Costa Rica, para formar el límite sur con los grupos culturales de origen sudamericano.

Estamos en los límites surorientales de la Mesoamérica de Paul Kirchhoff, tan necesitada de una revisión a fondo. Lejos estuvo ésta área de la homogeneidad y de guardar siempre las mismas características. Incluso, uno de los temas más apasionantes es el análisis del proceso o los procesos que llevaron a los grupos humanos originales desde la sociedad igualitaria hasta la formación de clases (Fábregas, *Ibid*: 33-35).

Así también el historiador norteamericano Murdo Macleod describe la situación de la siguiente manera:

*“La frontera suroriental de Mesoamérica no era, por supuesto, absoluta. Al norte y oeste de la misma encontramos áreas relativamente retrasadas tales como los sectores aislados del altiplano verapacense y Chiapas; y al sur y este de la línea –en áreas culturales generalmente bajas– encontramos las estructuras sociales bastante elaboradas de los huétares, en el altiplano no costarricense y enclaves de comerciantes de habla nahua, aquí y allá, en la Costa del Caribe”. (Macleod, 1980: 24).*

El sur y el oriente de esta porción mesoamericana son aún poco conocidos, tanto por la arqueología como por la etnohistoria. Pero sí sabemos que a lo largo de esta frontera se intercalaban grupos culturalmente diferentes, quizá con un nivel de

integración sociocultural como el de las jefaturas. De estos grupos destacaban los lencas, que acusaron indudables, influencias pipiles y mayenses.

Existe una cierta concordancia en quienes se han ocupado de estos aspectos al señalar que los pueblos –muchos- que habitaron la Nicaragua septentrional, Honduras nororiental y lo que es hoy el territorio de Costa Rica, tuvieron un origen sudamericano, mismo que se atribuye a varios de los que se expandieron por las islas del Caribe. La frontera mesoamericana está claramente delineada –aún con la escasez de estudios- en el contraste que presenta la organización social, económica, política y militar de los mayas, con los grupos señalados. Incluso, el patrón de asentamiento acentúa el contraste entre las ciudades como Copán o Coba y los caseríos diseminados entre los plantíos de mandioca, palmas, pejívalle y arrurruz. Las casas comunales son características de estas regiones y sirvieron, según algunos, como construcciones militares.

La invasión europea inició el proceso de deformación de la nación y su encuentro con el Estado, los cuales son procesos diferentes, rigurosamente distinguibles y con diversa evolución. El Estado, como aparato administrador y espacio de centralización del poder, surgió también en Mesoamérica dentro de un proceso autóctono. No así la nación, cuya semilla fue sembrada por las fuerzas militares europeas y la posterior conformación de los espacios políticos de la época colonial. Los siglos coloniales conformaron lenta, pero sistemáticamente, los territorios que posteriormente albergarían a los Estados nacionales, surgidos como reacción al proceso colonial (Fábregas, *Ibidem*).

## ***CONCLUSIONES***

No siempre en el tiempo tuvo Mesoamérica la misma extensión y a lo largo de tres mil años sus fronteras variaron considerablemente, sobre todo en las zonas marginales. Este ámbito geográfico forma el área cultural donde nace y se desarrolla la civilización mesoamericana; pero sólo podemos delimitar sus fronteras y características mediante una serie de rasgos culturales que, o bien son exclusivos de ella, o bien comparte con otras áreas, pero que en ninguna aparecen agrupados como aquí ocurre.

No todos, aún en Mesoamérica nuclear, se encuentran por todas las áreas si bien los que se han señalado a lo largo de este trabajo son frecuentes o básicos a la mayor parte de ellas. Por otro lado, hay rasgos sumamente antiguos que se iniciaron desde antes de la constitución de Mesoamérica aunque continuaron después, mientras que otros se van añadiendo con el tiempo. Los que señalan una cultura superior comienzan con la época olmeca y en las siguientes se les acumulan otros, o se modifican los antiguos.

Es indudable que desde cualquier punto de vista, Mesoamérica como concepto analítico que aborda la dimensión espacio-temporal, debe mirarse como un área extensa y compleja, dado que hablamos de un período que abarca alrededor de dos mil quinientos a tres mil setecientos años de civilización en un territorio vasto que, comprende desde los estados mexicanos de Sinaloa, Hidalgo, Puebla, San Luis Potosí y Veracruz hasta los actuales territorios de Centroamérica que ocupan Guatemala, Belice, El Salvador, Honduras, Costa Rica y Nicaragua (Kirchhoff, Paul, 1943).

A la par, Mesoamérica, no puede dejar de verse como señalan todos los autores, sin un manejo adecuado de la información, es adecuado de los distintos períodos en que se ha convenido dividir para su mejor estudio, esta superárea cultural, esto permite ir articulando concretamente y en particular cada uno de los



distintos estadios evolutivos de los diversos pueblos que la habitaron. Por consiguiente, es posible hacer múltiples comparaciones, punto medular de la ciencia antropológica por excelencia.

Es importante puntualizar además que, cada período comprendido históricamente estuvo enmarcado por distintos grados de desarrollo de las civilizaciones asentadas en los vastos y diversos territorios mesoamericanos los cuales le fueron confiriendo características particulares e inherentes a sus propias expectativas culturales, y que, simultáneamente al transcurrir del tiempo fueron dando paso a otros nuevos períodos en sus estadios evolutivos como culturas heterogéneas que son, al menos desde mi punto de vista.

Por último, muchas veces la divergencia en la conceptualización de los términos usados por la ciencia antropológica, dificulta y oscurece las hipótesis que se utilizan en los trabajos teóricos, es necesario, en otro trabajo, establecer una futura propuesta que se aboque al análisis de los conceptos utilizados, para la unificación de tales conceptos.

Ya es necesario recapitular y lo hago de la siguiente forma: Mesoamérica fue un concepto provisional que no llegó a completarse bajo sus propios principios metodológicos.

De los elementos culturales señalados por Kirchhoff como exclusivamente mesoamericanos, pocos son aprovechables dentro de las investigaciones arqueológicas, y tienen entre sí un peso diferente, lo que en general es propio de la teoría de las áreas culturales.

No se ha entendido con claridad el carácter diagramático del concepto wisleriano de área cultural, a la luz de la metodología del propio Wisler, aplicada por Kirchhoff como un criterio para definir Mesoamérica. De acuerdo con ese carácter diagramático, debería haberse aspirado a establecer centros o focos

culturales, que, por otra parte, en su mayoría nos eran conocidos por las fuentes de la historia antigua de México, pero otros, por ejemplo, los correspondientes a los olmecas y a la civilización zapoteca, han sido revelados por las investigaciones arqueológicas y etnohistóricas modernas.

En nuestra praxis científica, el concepto de Mesoamérica arraigó profundamente, lo que demuestra su necesidad, aún cuando puede llevar a confusiones. Frecuentemente se habla de Mesoamérica como una unidad social objetiva e histórica, como una antigua patria o una nacionalidad incipiente. Así, hasta en los libros de texto ahora se habla de *mesoamericanos* como si fueran nuestros antepasados nacionales. Esto nos permite darnos cuenta de que hemos dado otra connotación al término, más allá de lo que permiten sus bases metodológicas y sus propósitos, en tanto que es producto de las herramientas intelectuales de las áreas culturales bajo un difusionismo moderado y una idealización de cultura.

La idea de Mesoamérica puede mantenerse como una realidad objetiva con la independencia de la metodología de la distribución de rasgos culturales; tiene semejanza con los conceptos de Mesopotamia o de Egipto, con una connotación geográfica a la vez que cultural; nos refiere a una región determinada de la Tierra y a un tiempo en que nació y se desarrolló una tradición civilizada específica, con rasgos inconfundibles, que podríamos entender con Toynbee o Spengler, como fenómenos únicos, irreductibles a una explicación científica, si por ciencia entendemos el conocimiento de lo general; pero que también podemos estudiar, con un criterio científico y dialéctico, como fases del desenvolvimiento general de la humanidad, que pudo arraigar de una manera independiente la civilización del Viejo y del Nuevo mundos.

Ese estudio científico de las primeras civilizaciones debe hacerse con un criterio que los articule dentro del todo de la historia universal y como señala Olivé Negrete, el materialismo dialéctico puede dar una respuesta adecuada a esa premisa, obligándonos a investigar las bases materiales de esas civilizaciones, es decir, sus

relaciones de producción y, en forma derivada, su organización social, su ideología y por supuesto su movilidad territorial. Esto sin descuidar los datos que nos permitan establecer la variabilidad, como lo específico dentro de lo general.

El marco conceptual adecuado a ese tipo de estudios contempla la periodización de la historia de la humanidad, a través de etapas de transformación que se distinguen por el desarrollo de una nueva formación socioeconómica, generada por un modo de producción específico. Dichos conceptos –formación socioeconómica y modo de producción-, se convierten en primordiales bajo este enfoque. Su caracterización y problemática quedan por mucho fuera del presente trabajo.

Sigue siendo válida, en el estado actual de los conocimientos de la ciencia del hombre, la tesis del desarrollo independiente de la civilización americana, pero los nexos entre sus dos grandes cimas, Mesoamérica y el área andina, continúan aún sin aclarar, por lo que no es descartable la hipótesis de otra contradicción más amplia que la de Mesoamérica, América Nuclear o América Media en el sentido de Kroeber. Fuera de esta hipótesis, hay datos suficientes, por el avance de las técnicas arqueológicas, para conocer en líneas generales los orígenes, desarrollo y movilidad de la civilización que seguimos llamando Mesoamérica, como fenómeno cultural, no como nacionalidad, ni como concepto de organización social.

Así, Mesoamérica, en antropología, demarca un escenario que muestra el interjuego de una civilización específica, cuyos antecedentes también interesa aclarar. En ese sentido el concepto es perdurable y señala la gran aportación de Kirchhoff. Sin embargo, para conocer mejor la estructura y la dinámica de esa civilización, hay que aplicar metodologías más precisas, bajo un marco diferente al de la distribución de elementos culturales.



## 6. BIBLIOGRAFIA

BARTH, Frederick “*Ethnic groups and boundaries. The social organization of culture difference*”. George Allen, Universitets Forlaget, Bergen, Oslo-London, 1970, pp. 9-39.

BONFIL BATALLA, G. *México Profundo. Una civilización negada*. CIESAS/SEP, México, 1987

BOSE, N. K., *Culture and society in India*, Asia Publishing House, Bombay. 1971.

FÁBREGAS PUIG, Andrés (comp.) XXIII Mesa de Antropología. “*Hacia un concepto de Frontera*”, 1992, pp.21-40.

GONZÁLEZ Yólotl, “*Los rasgos religiosos en Mesoamérica*”, en *La validez teórica del concepto Mesoamérica*, Guzmán, Antonio (Coord.) XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, INAH, México, 1990, pp.148-145.

JIMÉNEZ MORENO, Wigberto “*Mesoamérica*”, en *Enciclopedia de México*, Rogelio Álvarez (dir.), México, 1977

LITVAK KING, Jaime, *Xochicalco en la caída del clásico: Una hipótesis*. Anales de Antropología, v. 7, 1970, pp.131-144.

LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *Cuerpo humano e ideología*, vol. I, UNAM, México, 1980.

LÓPEZ AUSTIN, A.; LÓPEZ LUJÁN A., “*Las grandes divisiones*”, en *El pasado indígena*, FCE y El Colegio de México, México, D.F. 1999.

KAPLAN, David, “*Evolution and adaptation*”, en Sahlins y Service, editores, *Evolution and culture*. Ann Arbor, Michigan, 1960.

KIRCHHOFF, Paul, *Escritos Selectos. “Estudios mesoamericanistas”*, Volumen I. Aspectos Generales. UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, s/f..

MACLEOD, Murdo J., *Historia socioeconómica de la América Central Española 1520-1720*. Editorial, Piedra Santa, Guatemala, C.A. 1980.

Mc CLUNG de TAPIA, Emily; ZURITA, Judith, “*Las primeras sociedades sedentarias*”, en *Historia Antigua de México*, en Manzanilla, Linda y López Luján Leonardo (Coords.), 3 v. México, INAH, UNAM, y Miguel Ángel Porrúa Ed., v. 1, 1994, 1995, pp. 209-246.

----- *Ecología y cultura en Mesoamérica*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Serie Antropológica, núm. 30, UNAM.

MANZANILLA, L.; LÓPEZ, L. (Coords.) *Atlas histórico de Mesoamérica*. Ediciones Larousse, Segunda Edición, México, D.F., 1993.

RIBEIRO, Darcy, *Fronteras indígenas de la civilización*. Siglo XXI, Editores, México, 1971.

ROMANO P, Arturo, “*Mesoamérica vista a través de la antropología física*”, en *La validez teórica del concepto Mesomérica*, Guzmán, Antonio (Coord.) XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, INAH, México, 1990, p. 55.

THOMPSON, J. Eric, *Historia y religión de los mayas*, Siglo XXI, México, 1982.

TROMBOLD, Charles D., “*A Reconsideration of Chronology for the Quemada Portion of the Northern Mesoamerican Frontier*”, *American Antiquity*. v. 55, n. 2., 1990, pp. 308-324.

TURNER, F.J., “*The significance of the frontier in American History*”, en R.A. Billington, *Selected essays of Frederick Jackson Turner*, Frontier on section. New Jersey, Engleward Cliffs, 1961.



**Casa abierta al tiempo**

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA  
UNIDAD IZTAPALAPA  
DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES  
ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

**Título del trabajo**

***“Fronteras mesoamericanas. Hacia nuevas aproximaciones conceptuales”***

**TESIS**

Que para acreditar las unidades de enseñanza aprendizaje de  
Seminario de Investigación e Investigación de Campo  
y obtener el título de

**LICENCIADO EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

***Presenta***

**María Elena Pérez Gutiérrez**

**Comité de Investigación**

**Director: Maestro José González Rodrigo**

**Asesores: Maestro Leonardo Tyrtania G. y Lic. Jorge A. González Huerta**

**México, D.F., marzo de 2004.**

APROBADO 23 2005